

PADRE, ME PONGO EN TUS MANOS...

*“Padre mío, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras.
Lo que hagas de mí te lo agradezco.
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
con tal que tu Voluntad se haga en mí
y en todas tus criaturas. No deseo más.
Dios mío, pongo mi alma en tus manos.
Te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo y porque para mí
amarte es darme entregarme en Tus manos
sin medida, con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre.”*

Con este lema, este año se nos invita a acercarnos y a intimar más con Dios, con el Padre. Recordando a Carlos de FOUCAULD, pilar nuestro, lo hacemos desde su oración de abandono. Ésta comienza con la actitud del pobre de Yavé (“... Abba”), invocando al Padre, sabiéndonos “hijos”, y sólo eso, hijos pequeños, dependientes, inútiles, necesitados.

Como cualquier niño, que no siempre comprende a su Padre, así nos pasa con Dios, queremos saber y comprender más que Él. Sin embargo, cuando decimos “Padre”, ahí se resume toda la revelación. Sí, si Dios es mi Padre, puedo estar tranquilo y vivir en paz: estoy seguro por lo que respecta a la vida y a la muerte, al tiempo y a la eternidad; si Dios es mi padre, sirvo para algo y encuentro en Él mi verdadera dignidad; si Dios es mi Padre, no seguiré repitiendo hasta la saciedad: “¿Por qué?...¿por qué?...¿por qué?”, sino que diré con realismo: “...Tú sabes,...tú sabes,...tú sabes”. Si Dios es mi padre, me acostumbraré a repetir lo que él mismo me ha sugerido que diga: “Danos hoy nuestro pan de cada día”.

Cuando entras en esta dimensión, te miras, y te ves: Eres un pobre a quien por un instante han vestido de rico, con apariencia de rico, con las ilusiones de rico. ¿Por qué tanto recubrir un polvo que el viento esparcirá? Sólo cuando me vuelvo a mi dador, al dador de todo, con el corazón de un mendigo que sabe que es inmensamente pobre, que sabe que no es más que puro don, sólo entonces estoy en la dimensión que me corresponde. Cuando el hombre se pone delante de su Creador, de quien vienen todas las cosas y en quien toda realidad tiene su principio y su consumación, y le mira con ojos limpios y atentos, no puede por menos de llenarse de un asombro siempre nuevo y siempre fresco.

Ante el Padre, sólo cabe una relación: “Amarás al Señor, tu dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas”. Para ir a Él no cabe sino emplear todas las fuerzas. El, que da todo, puede pedirlo todo, fuerzas y energías incluidas. Yo, pobre, nada, una nada revestida de ser por mi Creador que me ama, puedo ir a El si empleo en Él y para El todo cuanto tengo y cuanto soy; si le amo como mejor pueda, sin reservarme nada. Darte mi alma, Señor, significa aceptar la tuya. Darte mi vida, Padre,

significa aceptar la tuya. Y tu alma está aún en Getsemaní con nuestra pobreza. Y tu vida está enclavada aún en la cruz con nuestro pecado.

Jesús de Nazaret es el ejemplo más claro de esta vida: siguió únicamente el camino de la completa disponibilidad a las exigencias y a las solicitudes del Amor, en una vida humilde, sencilla y pobre. El puesto de Jesús es el último: Belén, Nazaret, el Calvario. No nace poderoso y ve el día en un establo. No es de familia pudiente, y trabaja para ganarse el pan, no trata de vencer y pierde la vida en la cruz. Esta es la actitud del amor y se sacia cuando toca el fondo: el último lugar. Carlos de FOUCAULD decía de Jesús: “Elegió de tal modo el último lugar, que nadie podrá quitárselo”.

No puedo ofrecer al Padre mi persona si en ese momento no considero ni contemplo su grandeza y mi pobreza, si no tengo constantemente presente, con la evidencia del sol, que soy un puro producto de su Amor; que todo lo que soy y tengo es un don; que yo soy un don, y un don que debe donarse: así reaccionaba san Francisco, ante la contemplación de su realidad de criatura: restituyendo todo a Dios, con una vida de pobreza. Dios te dio por amor. Por amor tú restituyes. Por amor te creó. Por amor continúa tú su creación, empleando en su obra todas tus fuerzas. Aunque el hombre es un don, ha de ser completado. Esta es la tarea de sus días en la tierra. Y es un don que se realiza dándose. El hombre es aquel mendigo que se enriquece dándose.

La tarea evangelizadora supone un esfuerzo y un compromiso nuestro, pero si este esfuerzo me hace creer que me sustituyo por Dios, y ese desgaste me hace sentir que todo depende de mí, mejor no hacer nada, porque directamente no ha servido para nada. Si me pongo en sus manos, si pongo mi vida entera a sus pies, si he decidido servirle y amarle con todas mis fuerzas, no puedo sustituirme por Él. Sólo cuando eres profundamente consciente y estás convencido de que es Él quien obra, sólo cuando te creas un estilo de vida sencillo, sólo cuando aceptas humildemente tu impotencia en las cosas del Reino y te abres con ternura a Él, sólo entonces puedes trabajar por su causa y emplear todos tus dones y todos tus talentos. Nos convertimos en simples espejos o reflejos (limitados) de Dios en la Tierra.

Una forma clara de ofrenda de vida, sin límites, es el no tener programas de vida a medio-largo plazo, como Jesús. Sus jornadas estaban regidas por lo acontecimientos inesperados. Estaba siempre dispuesto a responder a las preguntas que se le dirigían y sobre todo a los requerimientos que le llegaban desde la miseria, desde el sufrimiento de otros, desde las enfermedades. No es Él quien dispone de su vida, sino los demás. Se deja llevar por lo que ocurre. Se despojó incluso de todo su plan personal, para ser como los pobres, que se ven obligados a vivir al día.

No nos decidimos al seguimiento de Cristo para llevar a cabo un proyecto propio, sino para ponernos al servicio del proyecto de Dios, como hizo Jesús... Es más: No soy un pobre, dependiente de Dios, si quiero realizarme en el servicio que hago, sino más bien, si estoy totalmente disponible hasta el punto de no tener tiempo para pensar en mis proyectos. El proyecto de Dios no puede convertirse en un pretexto para ejercitar mis dotes, sino que es una cosa muy seria que absorbe totalmente mis dotes y mis fuerzas. Así, el que pone su vida en manos de su Dios, se vacía de sí mismo, de sus pretensiones, de sus derechos, de sus exigencias y programas, para dejar sitio a Dios, a sus proyectos, exigencias y planes sobre el mundo.

¿Quieres ver si eres pobre de veras?

Examina tu necesidad de oración.

El pobre es aquel que alarga la mano mendigando y alza los brazos orando. La necesidad de la oración viene de la conciencia de ser pobres. Sabrás orar si te sientes pobre. Si no oras es porque te sientes rico, porque tienes tu vida llena, y “todo” te sobra. Si no tiendes la mano es porque te encuentras saciado y satisfecho de ti y de tus cosas. Pero si te sientes pobre, tu vacío se llenará cuando alcés tus brazos invocantes. La riqueza de Dios viene a ti cuando tú no te cansas de suplicar, de decir que eres un pobre que tiende la mano suplicando.

Para quien busca a Dios, no hay lastre más grande y humillante que el pecado, aunque en realidad, debe ser signo de alegría, como en el caso de la Magdalena que ama al Señor con todo su yo, porque “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. Este pecado, al Pobre que se abandona a su Padre, le persigue, está siempre delante de él. No da tregua; el pecado no te abandona ni un instante y tú te sientes un abismo de oscuridad, de maldad, de suciedad, de mezquindad, de obstinación en el mal. Tu pecado, además, te insinúa la desconfianza de que no saldrás nunca de él; te sugiere que eres indigno de ser un siervo del Señor. Aquí surge una de las batallas internas más grandes del hombre. En situaciones así, de conflicto angustioso, es cuando el pobre se agarra al único Salvador con todas las fibras de su ser. Es entonces cuando acude a su mente la oración de pobre: “Señor, ten piedad de mí que soy un pecador”. Por eso es por lo que el Señor te abaja para elevarte; te humilla para exaltarte, te quiere pobre para enriquecerte, para que te convenzas de que el Salvador es Él.

El que se abandona a Dios, sabe que donde no llega él, llega el Padre, que se hace Fuerza de sus fuerzas; sabe que en su debilidad, no está solo, porque Dios le abarca todo por entero, y se hace la Roca que no mueve ninguna tempestad.

Esta oración a Dios, sólo puede llevarse a la práctica desde una confianza plena en Dios. Es la entrega máxima de la persona (“...estoy dispuesto a todo”); así, le entrego a Dios hasta el derecho a elegir, para que sea Él el que elija lo que Él quiere para mí. Carlos de FOUCAULD oraba así desde el desierto porque sabía que el que no tiene nada, porque se ha despojado de todo, realmente es inmensamente rico, porque tiene el Bien máspreciado: tiene a Dios. En el fondo es una actitud de fe y confianza en Dios, en su Providencia, en que nada me va a faltar. Sé que Dios es señor del universo y que todo está en sus manos; sé que Dios lo puede todo y que los hombres y los pueblos “*son como gota de agua en un caldero, como grano de polvo en una balanza (Is 40,15)*”. Dios es Dios y no es vencido por nadie. Y si se deja vencer, es sólo para vencer mejor. Y si deja prevalecer el mal por un poco de tiempo, es sólo para poderlo denunciar con más claridad ante nuestros ojos miopes. Confiar en Dios es poner todas las cosas en su mano invencible. Es creer que el cosmos está dominado inexorablemente por su poder creador. Si maldigo a la lluvia que me moja o al frío que me hiela los dedos, si me desespero porque me he vuelto viejo o por una enfermedad que me hace sufrir,... no entraré jamás en el misterio de Dios. Si no sé leer el resplandor de las estrellas o si paso apresuradamente ante el mar sin darme cuenta de él, no entiendo el misterio de Dios.

Leer diariamente esta oración de FOUCAULD, con conciencia de lo que se está leyendo, lleva a un “sí” a Dios, una nueva donación de mi vida, una entrega incondicional a un proyecto que me asusta, pero que me transforma. Estamos

necesitados de ese encuentro con Dios; estamos necesitados de una vuelta al Padre, que espera impaciente e incansable nuestro regreso